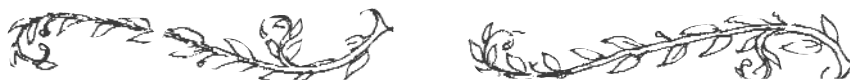


Relación de un prodigioso milagro de
San Francisco Javier en Nápoles

María Gabriela Torres Olleta



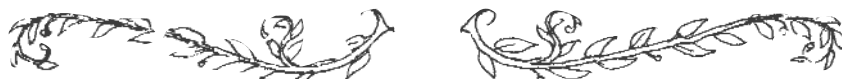


Esta serie de Pliegos volanderos del GRISO (Grupo de Investigación Siglo de Oro de la Universidad de Navarra), no venal ni periódica, se destina a los suscriptores de las colecciones y revistas del GRISO, pero cualquier interesado puede solicitar ser incluido en la lista de envío. Para ello dirigirse a:

Inmaculada Medina
Departamento de Literatura Hispánica
Universidad de Navarra
31080 Pamplona (Navarra) ESPAÑA
Telf.: 948425600. Ext. 2011
Fax: 948425636
imbarco@alumni.unav.es

Agradecemos a la Fundación Universitaria de Navarra y al Banco Santander Central Hispano su ayuda en los proyectos del GRISO.

DATOS LEGALES





**RELACIÓN
DE UN PRODIGIOSO
MILAGRO
DE SAN FRANCISCO
JAVIER EN NÁPOLES**

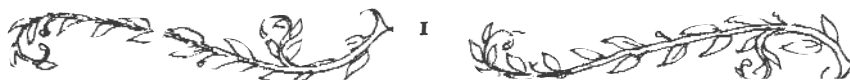
María Gabriela
Torres Olleta

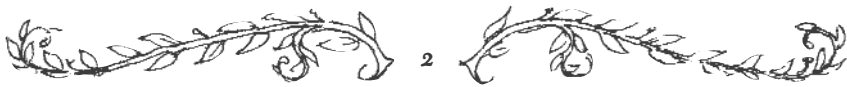
El milagro del padre Marcello Mastrilli es uno de los más conocidos de San Francisco Javier. Viene recogido en relaciones, cartas y hagiografías tanto de San Francisco como de Mastrilli. Lo encontramos, entre otros textos, en la *Vida y milagros de San Francisco Javier* del padre Francisco García; en *El Apóstol de las Indias y Nuevas Gentes*, de Cristóbal de Berlanga; en *El Príncipe del mar San Francisco Javier*, de Lorenzo Ortiz; sin que

falte mención del mismo en los sermones del famoso padre Antonio Vieyra y otros lugares.

El padre Marcello Mastrilli nació en Nola, Nápoles, en 1603. De familia noble entró en la Compañía a pesar de la oposición de su padre. Se educó en el colegio de Nápoles donde hizo estudios clásicos, filosofía y teología y enseñó gramática. En diciembre de 1633, mientras desmontaban los altares de la fiesta de la Purísima en el palacio del virrey, le cayó accidentalmente un martillo en la cabeza, de cuya herida curó por intercesión milagrosa de San Francisco Javier, que se le apareció en forma de peregrino.

El padre Mastrilli, poco después de su curación,





partió para la India el 7 de abril de 1635, junto con treinta y dos jesuitas y dieciséis padres de otras religiones. Llegó a Japón en 1637 en plena persecución contra los cristianos, y murió martirizado en Nagasaki el 17 de octubre de 1637.

El padre Nieremberg¹ en su obra *Varones ilustres de la Compañía de Jesús* cuenta su vida, el viaje tan deseado a las Indias y las atrocidades de su martirio. Incluye también la relación del famoso milagro de San Francisco Javier así como los numerosos milagros que a su muerte fueron concedidos por sus méritos a sus devotos.

Después de la curación milagrosa Mastrilli inició la famosa «Novena de la Gracia», que se haría muy

popular, en honor de San Francisco y desde entonces quiso llamarse Marcelo Francisco Mastrilli Felicísimo Indiano.

El San Francisco que se aparece al padre Mastrilli sale de una imagen devota que tiene en su habitación, donde figura en forma de peregrino, iconografía reflejada con frecuencia por pintores y escultores, y muy común en la tradición cristiana que entiende la vida en la tierra como peregrinaje hacia el Cielo. De esta imagen milagrosa se hicieron al parecer muchas copias, y curiosamente en muchas relaciones posteriores de milagros javerianos el santo se describe «tal como se apareció al padre Marcelo». Y además también será milagrosa la «imagen con el milagro que

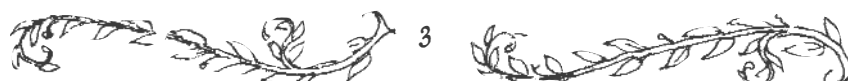
¹ Hizo también una *Vida del dichoso y venerable P. Marcelo Mastrilli de la Compañía de Jesús* sacada de los procesos auténticos de su vida y muerte, Madrid, María de Quiñones, 1640.

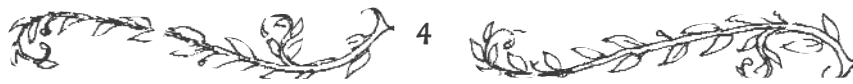


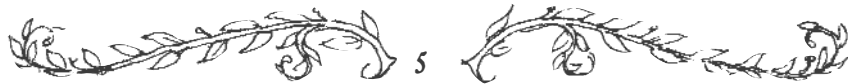


obró con el bendito padre Marcelo Mastrilli» (*Vida y milagros...* del padre García), en una multiplicación de niveles de representación o juego de espejos muy barroco.

Publicamos aquí una de las versiones del milagro de Mastrilli, contenida en una relación del padre Diego Ramírez, impresa en Madrid, en la Imprenta del Reino, el mismo año de la curación, según un ejemplar de la Real Academia de la Historia de Madrid.







**RELACIÓN
DE UN PRODIGIOSO
MILAGRO
QUE SAN FRANCISCO
JAVIER,
APÓSTOL DE LA
INDIA,
HA HECHO
EN LA CIUDAD
DE NÁPOLES
ESTE AÑO DE 1634**

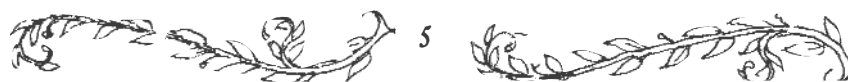
**SACADA DE LA INFORMA-
CIÓN AUTÉNTICA QUE HIZO
EL SEÑOR AUDITOR DEL
EMINENTÍSIMO CARDENAL
ARZOBISPO DE NÁPOLES Y
DE LO QUE JURARON
MUCHOS TESTIGOS DE LOS
MÁS CALIFICADOS DE
AQUELLA CIUDAD Y DE LA
RELACIÓN QUE EL PADRE
MARCELO MASTRILO, DE
LA COMPAÑÍA DE JESÚS,
EN QUIEN SE HIZO EL
MILAGRO, ESCRIBIÓ**

**ENTONCES Y HA DADO DES-
PUÉS VOCALMENTE EN
ESTA CORTE DE MADRID.
POR EL PADRE DIEGO
RAMÍREZ, DE LA MISMA
COMPAÑÍA.**

El milagro que quiero referir, si se mira al modo y a sus circunstancias, es por ventura de los más raros y singulares que han sucedido en la Santa Iglesia. Contaré lo más sustancial de él y la ocasión de donde se originó.

Al fin del año pasado de 1633 trazó el señor conde de Monterrey, virrey de Nápoles², de hacer en su mismo palacio una serenísima fiesta de la Purísima Concepción de Nuestra Señora³, en el domingo de su infraoctava que fue a los 11 de diciembre. Y entre otros grandiosos apa-

³ La Inmaculada Concepción era un tema de gran actualidad en el XVII. Calderón le dedica el auto sacramental *La hidalga del Valle* y Lope el de *La Concepción de Nuestra Señora*. El dogma no sería promulgado, sin embargo hasta el siglo XIX, en la bula de Pío IX *Inneffabilis Deus*, del 8 de diciembre de 1854.



² Don Manuel de Zúñiga y Fonseca, VI Conde de Monterrey entre otros títulos. Casado con Leonor María de Guzmán, hermana de Olivares. Fue Virrey de Nápoles desde 1631 a 1637. Aficionado a las artes y las letras fue también piadoso devoto de la Virgen. Encargó a Ribera el gran lienzo de la Inmaculada para el retablo mayor de la iglesia del convento de las Agustinas de Salamanca.



ratos ordenó que se hiciesen cuatro suntuosísimos altares en los cuatro ángulos del patio de palacio, que se encargaron a cuatro personajes de los más principales de aquella ciudad. Uno de ellos tocó al señor Carlos Brancaccho, hermano del eminentísimo cardenal de este nombre, el cual para la disposición de él quiso valerse de la industria y asistencia del padre Marcelo Mastrilo de la Compañía de Jesús, por ser su deudo y amigo muy estrecho, o entender bien de la materia. Hizo-se el altar con todo acierto y la fiesta toda salió con la grandiosidad que se esperaba. Y al fin de ella, estando aquella misma noche del domingo desarmando los altares y despojando las paredes, y asistiendo el dicho padre a lo que le tocaba, llegándose a decir no se qué a

uno de los oficiales que andaban en lo alto, por descuido o por desgracia se le cayó al hombre un martillo que traía en las manos, o en la cinta, que pesaba más de dos libras, y dio al padre sobre la cabeza en el lado derecho sobre la sien; el cual, así por su mucho peso como por la altura, que era de más de cuatro estados⁴, le hirió muy gravemente. Cayó el padre en tierra, sintiendo luego grande conmoción y congojosas bascas⁵ que le provocaban a vómito. Comenzó a correrle alguna sangre de la herida, que no parecía por de fuera ser muy grande, siéndolo mucho el daño interior. Acudieron unos y otros, y lastimados todos del fracaso⁶ le hicieron poner en una carroza y le llevaron a su colegio.

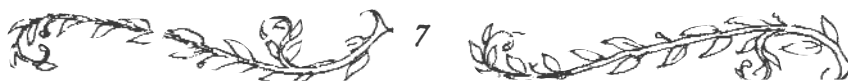
Llamados los ciruja-

⁴estado: altura media de un hombre.

⁵bascas: náuseas.

⁶fracaso: aquí en la acepción de suceso lastimoso, inopinado y funesto.





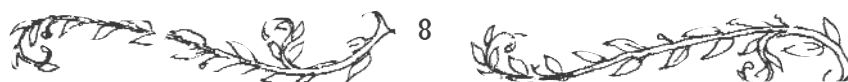


nos hicieron luego su oficio lo mejor que pudieron, y más de propósito el día siguiente y desde luego⁷ reconocieron el peligro, por ser el golpe tal y en parte tan ocasionada, y haberle notablemente maltratado los mismos músculos y nervios de la sien, con otros accidentes y correspondencias bien poco favorables, en especial que el clima de la ciudad de Nápoles no lo es en manera alguna para heridas de la cabeza. Y sucedió así, que al tercero o cuarto día le sobrevino al doliente una ardiente calentura con grandísimos dolores de toda la cabeza, y más de la parte contraria y correspondiente al golpe, y cargazón notable del ojo derecho, sin poderle más abrir, y otros accidentes, o mortales o muy peligrosos. Hiciéronse juntas de médicos y cirujanos, aplicáronsele

⁷ desde luego: inmediatamente, desde el primer instante.

muchos y varios remedios, con los cuales aunque a veces mejoró algo, pero nunca de manera que no estuviese siempre en manifiesto peligro de la vida. Aguardose al día 21, que en este género de heridas suele ser el término⁸ de quien únicamente depende el bueno, o mal suceso, y en él se acabó de sustanciar el proceso y se dio definitivamente la sentencia de muerte al pobre doliente. Porque a la entrada de él (que vino a ser ya el 31 de diciembre y último del año 33) casi de repente se agravaron notablemente los accidentes pasados y sobrevinieron otros de nuevo, no menos pestilentes, y en especial se le parió el brazo izquierdo, sin poderle más mover y se le corrompieron del todo los nervios o músculos maxilares, o de las quijadas, de manera que no le fue

⁸ término: se refiere en este pasaje a los días que llamaban los médicos días críticos o decretorios, en los que se podía hacer juicio de la enfermedad: se consideraban de esta categoría los días 5, 7, 11, 14 y 21.





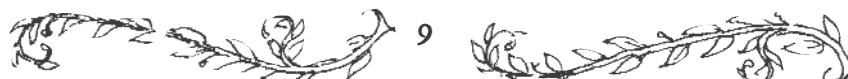
posible abrir más la boca con arte, ni fuerza alguna, y si tal vez los cirujanos con hierros y con exquisita⁹ violencia algún tanto se le abrieron, no pudo de ningún modo tragar un solo bocado de pisto¹⁰, ni de otra cosa alguna de comer, ni aun siquiera una gota de agua o de otro algún licor, y así pasó aquel día y los tres siguientes sin traspasar cosa alguna que le pudiese ser de algún sustento. Y si le era necesario pedir o decir alguna cosa apenas la podía tenuemente pronunciar, ni entenderla los circunstantes sino con grandísima dificultad. Desde este punto le tuvieron todos por desahuciado totalmente y cada hora esperaban que había de ser la última de su vida, y los médicos todos, aunque con sumo sentimiento, se despidieron viéndole ya morir sin humano remedio.

⁹ *exquisita*: extraordinaria.

¹⁰ *pisto*: sustancia de aves (gallina especialmente) bien machacada. Era comida típica de enfermos.

Solo uno de ellos, como en negocio ya desesperado, quiso probar con una extraña y casi temeraria experiencia si aquel no poder tragar cosa ninguna provenía de corrupción de los músculos maxilares y temporales, o de obstrucción y embarazo de las vías, o de la garganta, por la abundancia del mal humor¹¹, y para esto, abriéndole la boca con instrumentos y con grandísima violencia le entró por tres veces una candela de cera bien gruesa hasta el mismo estómago, con increíble fatiga del enfermo pero sin ningún provecho, porque echándole luego unas gotas de agua en la boca, de ninguna suerte las pudo pasar adentro. Con lo cual, el cirujano conoció claramente que el daño provenía de arriba de la lesión y corrupción de los músculos y que era negocio totalmente

¹¹ *humor*: líquido, secreción.



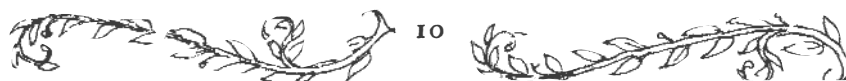


sin remedio y así, él y los demás, le dejaron en todo y por todo, y si alguna vez volvieron más fue para ser testigos de su muerte que remedidores de su mal. Añadíase a todo esto el estar ya el enfermo tan yerto y tan por extremo helado y frío que, con fomentos ni remedios humanos, pudo recobrar resabio alguno de calor, ni aun se sentía del mismo fuego, que muy cerca le aplicaban.

Con esto, el lunes por la tarde, dos de enero, le fue a ver por última despedida el padre Carlos Sangri, provincial de aquella provincia, y le consoló y alentó para aquel último trance, que ya estaba tan vecino. Mas antes que se despediese le pidió instantemente¹² el enfermo que, por cuanto él algunos años había, tenía fervorosos deseos de ir a

predicar el Evangelio a los gentiles de las Indias, ahora no por deseo de vivir sino de más agradar a Nuestro Señor y de más merecer con su Divina Majestad, le diese licencia de hacer voto de acudir a este empleo, si el Señor, por algunos fines ocultos, fuese servido de darle vida y salud. Concediolo de buena gana y con harta ternura el padre provincial y más viéndole en aquel extremo; y el enfermo hizo su voto con mucha devoción y afecto. Mas poco después, viéndole los padres tan al fin, y que cada instante parecía el último de su vida, se determinaron de darle al punto los sacramentos, como en efecto, se hizo; digo el de la Extremaunción, porque el de la Santísima Eucaristía no fue posible en ningún modo por la notable apretura de boca y

¹² *instantemente*: con gran instancia, con insistencia y repetidas súplicas.





garganta que hemos dicho. Sentía extrañamente el buen padre verse morir sin este santísimo sacramento por viático y le lastimaba harto más la hambre que padecía su alma de este manjar soberano que la que de todos los demás padecía su cuerpo tres días había. Quiso valerse en este caso de la intercesión del Apóstol de las Indias, nuestro padre San Francisco XJavier, y para esto pidió a los enfermeros que le trujesen allí alguna imagen suya. Y de muchas y diferentes que en casa había (no sin particular providencia divina, aunque al parecer muy acaso¹³) le trujeron luego de una pieza allí cercana, una en un lienzo en que estaba el santo padre pintado de peregrino, con esclavina parda sobre la sotana y bordón en la mano derecha (en efecto como él andaba

cuando fue a predicar el Evangelio a Japón y a otras partes de la India). Pusiéron-sela pendiente al lado izquierdo de la cama y con esto comenzó el enfermo a pedir instantísimamente al santo padre delante de su imagen que le alcanzase del Señor esta singular merced, que pudiese entonces comulgar. Para lo cual se valió también de una reliquia del mismo santo que allí tenía en un relicario, aplicándosela diversas veces a la garganta por toda aquella noche. Llegó la mañana del martes tres de enero y pareciéndole interiormente que el santo le había alcanzado aquel favor de que pudiese comulgar, pidió que le trajesen la Sagrada Comunión, y habiéndose primero hecho la experiencia con una forma sin consagrar, le trajeron el Santísimo Sacramento y le recibió

¹³ acaso: de casualidad, por azar.



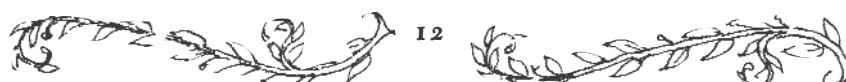


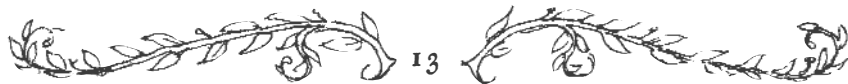
sin dificultad, con grandísimo consuelo suyo y admiración de los circunstantes, la cual creció más con ver que dándole alguna cosa que comiese o bebiese para sustento o refrigerio del cuerpo, que con la larga inedia¹⁴ de cuatro días y con tanto padecer estaba en extremo debilitado y casi del todo exhausto, no fue posible pasar nada, por mucho que lo procuraron y esforzaron por entonces, y por todo lo restante de aquel día.

Pasolo el enfermo agonizando por instantes y ahogándole cada punto la abundancia de humor corrompido que de la cabeza continuamente le bajaba, y tenía ya a gran maravilla no rendir a cada momento el alma. Eran ya más de las nueve de la noche y los padres y herma-

nos del colegio estaban parte en el aposento del enfermo, los que buenamente cabían, asistiéndole en aquel trance y los demás en la iglesia con el padre rector encomendándole instantemente a Nuestro Señor. La iglesia estaba ya compuesta de negro para el entierro; la ropa y lo demás con que habían de amortajar el cuerpo difunto, y hasta el mismo baño con que le habían de lavar ya en el aposento del enfermo; él, aunque con su entero juicio, y no del todo perdida la habla, ya en las gargantas de la muerte; y todos esperando cada instante que le acabase de tragar cuando él entreoyó una voz que por dos veces le llamó, nombrándole por su nombre: «¡Marcelo, Marcelo!». Él entonces con la voz clara y levantando las manos alentadamente (cosas que por mu-

¹⁴ *inedia*: cul-tismo; ayuno.

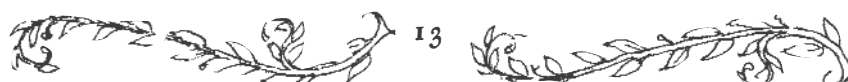




cho tiempo no había podido hacer), avisó y hizo señas a los circunstantes que callasen para ver quién le nombraba y luego volvió a oír claramente la misma voz, que ya le pareció más que humana, la cual de nuevo le nombró: «¡Marcelo, Marcelo!».

Pareciple que salía de la imagen, y que era sin duda algún gran favor de San Francisco XJavier. Y así en un punto se volvió hacia ella sobre su lado izquierdo (siendo así, que había algunos días que apenas con la ayuda de muchos podía levemente moverse en la cama). Y al mismo tiempo se olvidó del lugar donde estaba, y de los que estaban presentes y de todo lo demás, y se halló en otra región de vida, ajena de todo lo de acá. Fue a poner los ojos en la imagen y halló

en medio de ella y de su lecho al santo padre que ella representaba (que al punto le conoció) en su forma misma de peregrino, y con un rostro amabilísimo y un semblante en todo benignísimo. El cual le comenzó a hablar en su lengua italiana con increíble afabilidad y le dijo así: «Y bien, ¿qué se hace?», y callando el padre, añadió: «¿Queréis moriros o ir a las Indias?». Respondió el padre que él no quería ni deseaba otra cosa sino lo que fuese más agradable a la Divina Majestad. «Ahora bien, — replicó el santo—, ¿no os acordáis del voto que ayer hicistes con licencia de vuestro padre provincial de ir a las Indias, si Dios os diese vida?». Y respondiendo el padre que bien se acordaba, añadió el santo: «Pues decid conmigo alegremente». El



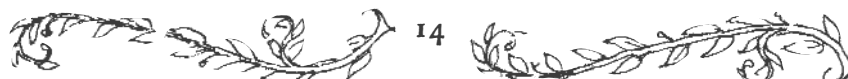


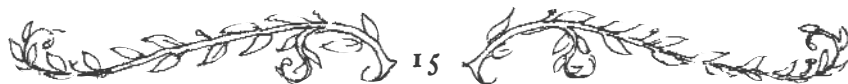
santo comenzó a decir, y el padre Marcelo le iba siguiendo, repitiendo palabra por palabra lo que el decía, y cuando él no entendía o no repetía bien alguna, el santo se la volvía a decir sonriéndose y con un semblante sobremanera apacible. Los circunstantes oían, no lo que el santo decía, pero sí lo que el padre hablaba, porque era ya con voz muy clara. Y viéndole razonar de aquella manera imaginaban los más que ya deliraba (señal cierta que los médicos habían anunciado de su muerte ya presente), aunque a otros les parecía que aquello no era delirio sino alguna cosa sobrenatural. Y todos confesaron después que todo el tiempo que aquello duró sintieron en sus almas un inexplicable consuelo y extraordinaria devoción, como si allí estuviera alguna cosa

celestial. Y unos y otros atendían con grande suspensión a ver en que paraba aquel suceso.

Lo que el santo iba diciendo, y lo que el padre repetía y los circunstantes le oían era la fórmula de los votos sustanciales de religión que los de la Compañía hacen pasados los dos años del noviciado, con algunas palabras que el santo iba añadiendo y el padre repitiendo, que son las que aquí irán señaladas de letra diferente, con las demás, en la forma siguiente:

Omnipotens sempiternus Deus, ego, Marcellus Mastrillus, licet undecumque divino tuo conspectu indignissimus, fretus tamen pietate, ac misericordia tua infinita, & impulsus tibi serviendi desiderio, voveo coram sacratissima Virgine Maria, **te sancto patre Francisco Xaverio**, & curia coelesti universa, divinae maiestati tuae



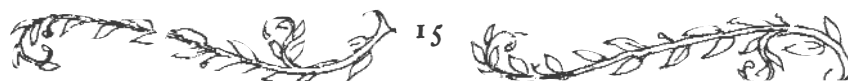


paupertatem, castitatem, & obedientiam perpetuam in Societate Iesu, & **praecipue apostolicam misionem Indicam, quam heri pariter vovi coram meo patre provinciali.** Et promitto eandem Societatem me ingresurum, ut vitam in ea perpetuo degam, omnia intelligendo iuxta ipsius Societatis constitutiones, & **decreta sancti patris Francisci Xaveri de Indica expeditione edita.** A tua ergo immensa bonitate & clementia per Iesu Christi sanguinem, & **merita sancti patris Francisci Xaveri,** peto suppliciter, ut hoc holocaustum, & **votum a me indignissime nuncupatum,** in odorem suavitatis admittere digneris, & ut largitus es ad hoc desiderandum, offerendum, & **vouendum,** sic etiam ad explendum, & **sanguinem pro tuo amore fundendum,** gratiam uberem largiaris.

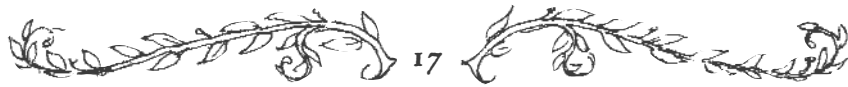
Lo cual vuelto en castellano quiere decir:

Todopoderoso y sempiterno Dios, yo, Marcelo Mastrilo, aunque del todo indignísimo de parecer en vuestro divino acata-

miento, pero confiado en vuestra piedad y misericordia infinita, y movido del deseo de serviros, hago voto delante de la sacratísima Virgen María, **de vos el santo padre Francisco Javier,** y de toda la corte celestial, a vuestra Divina Majestad, de pobreza, castidad, y obediencia perpetua en la Compañía de Jesús, **y principalmente de la misión apostólica de las Indias, la cual ayer también voté en presencia de mi padre provincial,** y prometo de entrar en la misma Compañía (esto es de aceptar el grado que en la Compañía se me diere) para vivir en ella perpetuamente, entendiéndolo todo conforme a las constituciones de la misma Compañía, **y a los decretos e instrucciones del santo padre Francisco Javier en cuanto a la misión de las Indias.** Suplico, pues, humildemente a vuestra inmensa bondad y clemencia por la sangre de Jesucristo, **y por los méritos del santo padre Francisco Javier,** que os dignéis de aceptar en olor de suavidad este holocausto, **y el voto que yo indignísimamente he hecho;** y como me distes gracia para lo desear, ofrecer, **y votar,** así me la deis abundante para lo cumplir, **y para derramar la**





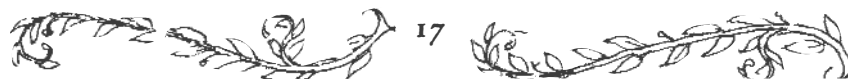


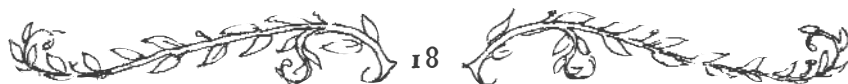
sangre por vuestro amor.

Acabada esta fórmula, le dijo el santo con semblante afabilísimo, que ya estaba sano, y que rindiese las debidas gracias de tan grande beneficio a Cristo Nuestro Señor; y que, en señal de agradecimiento y reverencia, besase las llagas del Crucifijo que allí estaba. (Teniale el padre consigo en la cama y casi siempre en la mano derecha, para encomendarle su alma en el último trance). Hízolo así el buen padre con harta devoción. Y luego le volvió a hablar el santo, y le preguntó: «¿Tenéis alguna reliquia mía?». Y respondiendo el padre que sí (porque realmente la tenía con otras en un pequeño relicario a la cabecera, como dijimos), añadió el santo padre: «Pues estimadla en mucho». Y luego le

volvió a preguntar si tenía alguna reliquia del santo madero de la cruz de Cristo. Y, respondiendo también que sí, le dijo el santo que tocase con ella la parte ofendida. Tomó el padre el relicario y aplicósele adonde tenía la herida de la sien, mas el santo le hizo señas con la cabeza que no iba bien ni era allí el mayor mal. Y como el padre no lo acabase de entender bien, el santo mudó el bordón que tenía en la mano derecha a la siniestra, y con la derecha tocándose en su misma cabeza le señaló al lado contrario de la herida, y le instó que tocase en el izquierdo algo detrás y sobre la oreja, que a la verdad era la parte donde siempre, desde el principio, había sentido el enfermo mayor fatiga.

Teniendo pues el padre aplicado el relicario a aquella





parte, le volvió a decir el santo: «Decid conmigo». Y fue diciendo la siguiente oración a la santa Cruz, y el padre repitiéndola:

Ave lignum Crucis, ave Cruz pretiosissima. Me tibi totum dedico in perpetuum; & oro suppliciter, ut gratiam fundendi pro te sanguinem, quam indiarum apostolus Franciscus Xaverius post labores consequi non meruit, mihi licet indignissimo largiaris.

En romance es:

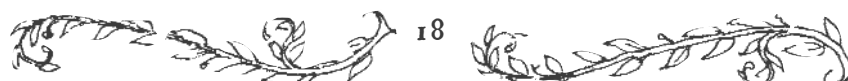
Salúdote, árbol de la Cruz. Salúdote Cruz preciosísima. A ti me dedico y consagro totalmente para siempre, y te suplico humildemente que la gracia de derramar por ti la sangre que el apóstol de las Indias Francisco Javier después de sufrir tantos trabajos no mereció alcanzar, me la concedas a mí, aunque soy del todo indigno.

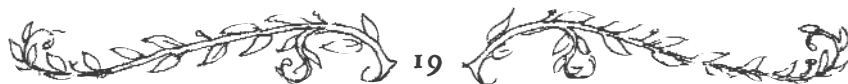
Estas palabras le fue diciendo el santo con inexpli-

cable devoción y, especialmente cuando llegó a aquellas de la mitad, mostró un afecto y ternura tan grande, y una como tristeza y sentimiento tan vivo, que bien declaró el ardiente deseo que en vida había tenido de derramar su sangre por el Señor; que parece que aun en el cielo en cierta manera se está con aquellas fervorosas ansias de morir por Cristo.

Tras esto, para mejor disponerle a cumplir el voto, y a seguir el estandarte de la Cruz, quiso el santo que también dijese las palabras de la siguiente renunciación, y así de las fue diciendo:

Abrenuntio parentibus, amicis, propriae domui, Italiae, & omnibus, quae mihi retardare possunt Indicam misionem, & me totum in animarum salutem apud indos dico, coram sancto patre





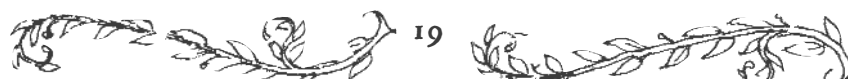
Francisco.

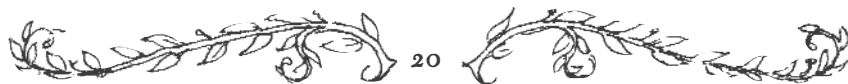
Quiere decir:

Renuncio y doy de mano a mis padres y parientes, a mis amigos, a mi propia casa, a Italia, y a todas las cosas que me podrían impedir la misión de las Indias, y me dedico todo al bien y salud de las almas entre los indios, en presencia del santo padre Francisco.

A estas últimas palabras del santo añadió el padre Marcelo por su devoción: «Padre mío, mío Francisco». A lo cual el santo se sonrió. Y finalmente le dijo con rostro muy agradable y risueño: «Estad ya muy alentado y alegre, y repetid estas mismas cosas todos los días». Y dicho esto, desapareció el santo, y juntamente la muerte y la enfermedad. Y al mismo punto le pareció al padre Marcelo que se hallaba donde

antes, y comenzó a oír y ver lo que hacían y decían los padres que estaban en contorno de su cama (que en este espacio nada les había visto ni oído). Estaban todos notablemente maravillados y suspensos y discurría cada uno a su modo sobre lo que a sus ojos y oídos se ofrecía. Hallóse el padre del todo sano y valiente: echó luego de ver, que tenía hambre; y así pidió de comer y se lo dieron de lo que hallaron allí a mano, y él lo recibió con lindo aliento, aunque luego se acordó que era razón ante todas cosas dar las debidas gracias a su bienhechor. Y así pidió a todos los presentes que se arrodillasen y dijesen la antífona, versos y oración de San Francisco Javier delante de su imagen, y así lo hicieron, repitiendo tres veces a petición suya aquel versículo «Ora pro

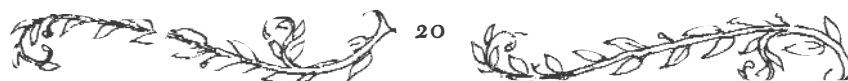




nobis, sancte pater Franciscus», y respondiendo él mismo otras tres «Ut dignus efficiar promissionibus tuis». Y hecho esto, a instancia suya, le trujeron de comer, y el padre lo hizo sin género de dificultad, ni en el recibirlo y disponerlo por sus manos, ni en el masticarlo ni tragarlo, con pasmo y estupor de todos los circunstantes, que no acababan de creer a sus mismos ojos; pensando algunos todavía si era algún gran delirio del enfermo, o algún trampantojo¹⁵ de su imaginación. Mas el padre los aseguraba diciendo claramente que él estaba del todo sano y valiente por medio de nuestro padre san Francisco Javier. Y el modo particular y todo lo que había pasado contó en secreto al padre rector, que de la iglesia había ya venido. El cual para gloria de Dios

Nuestro Señor y honra de su grande siervo, lo publicó luego a todos los que allí estaban, los cuales no sabré decir si se admiraron o se alegraron más de la misericordia del Señor, intercesión rara del santo, y salud tan maravillosa del padre. Volvieron una y muchas veces a verle y hablarle estando ya él sentado sin arrimo alguno sobre la cama, alentado y alegre, y diciendo que se podía luego levantar, y decir misa la mañana siguiente. Y mirándole atentamente al rostro, le hallaron ya lleno y de muy vivo color, y en todo sin rastro de la dolencia y flaqueza pasada, y tan diferente de lo que poco antes estaba, como va de un muerto y consumido, a un vivo y sano perfectamente. Y en efecto pidiendo él mismo su vestido se levantó al punto, y anduvo alenta-

¹⁵ *trampantojo*: ilusión visual, falsa apariencia, efecto óptico.



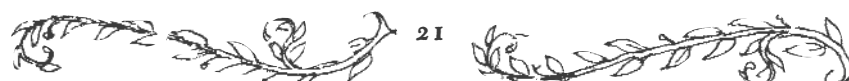


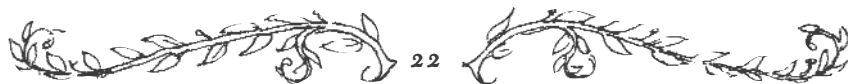
damente por el aposento, y con los demás padres se arrodillaron a la imagen del santo, que luego allí acomodaron en un altar con muchas luces, y dijeron devotamente el *Te Deum laudamus* en acción de gracias.

Teníase todavía las vendas y paños de la herida en la cabeza, los cuales a este tiempo se quitó confiadamente, y la hallaron (cosa de nuevo maravillosa) sin rastro, ni señal alguna de la herida, ni de sus accidentes: el cabello que le habían arrasado para la cura, súbitamente crecido, y ya del mismo modo y forma que todo lo demás, ni una mínima cicatriz en todo aquel espacio, en efecto, como si tal cosa no hubiera jamás pasado. Creció con esto de nuevo la admiración y la alegría de todos, y con ser ya

cerca de la media noche salieron varios padres de casa a dar aviso de lo sucedido a las personas que estaban esperando por puntos que el padre expirase, especialmente a sus deudos, y a nuestro padre provincial, que estaba en la casa profesa, y a otras semejantes, a algunos de los cuales pareció el caso tan exquisito e increíble, que dudaron si los que les daban el aviso eran hombres verdaderos o fantasmas fingidas de la otra vida.

Mas no dejaré de advertir en esta ocasión que la tarde antes los padres, por no dejar nada por intentar, enviaron a llamar a un muy grande cirujano de la ciudad y harto conocido de casa para que le aplicase no sé qué medicamento, o cáustico muy eficaz. El cual contra lo que se esperaba, y contra lo que

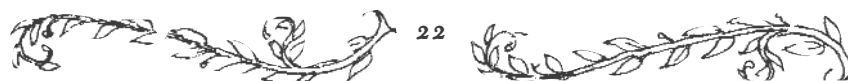


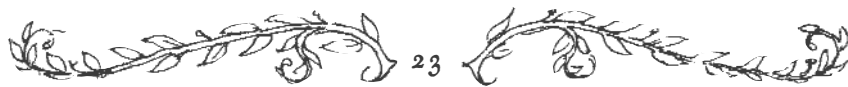


siempre solía hacer, no hubo remedio que quisiese venir (quizá por parecerle que ya aquel era negocio rematado) y afirmaba después que determinándose algunas veces a ir se sentía como detener de alguno que interiormente le decía que no fuese en manera alguna. Y era sin duda que el santo quería que aquella salud tan repentina y milagrosa no se pudiese aun aparentemente atribuir a medicina alguna natural. Este cirujano pues, remordiéndole últimamente su conciencia, y pareciéndole que había hecho mal en no acudir llamado a la Compañía, se determinó de ir allá cerca de la media noche y llamando a la portería, previniendo cómo dar al portero sus excusas, le halló con todos los demás alborozado y alegre por la salud milagrosa del padre, y entró a la parte de la

alegría, y la salió luego a publicar por toda la ciudad.

En el *interim* que esto pasaba, juzgando el padre rector ser el caso tan digno de memoria como lo es, deseó que luego se escribiese, por estar entonces tan vivas las especies y tan frescas las circunstancias. Y así pidió al padre Marcelo si se atrevería a dictársele para que él le fuese escribiendo, mas el padre le respondió que él se hallaba tan bueno y tan esforzado, que él mismo lo podía escribir de su propia mano, y así lo hizo, y de harto mejor letra que otras veces solía hacer, gastando en esto bien dos horas de aquella noche, sin sentir daño, ni cansancio alguno de este trabajo, ni del de tanto hablar, y nada reposar en toda ella.



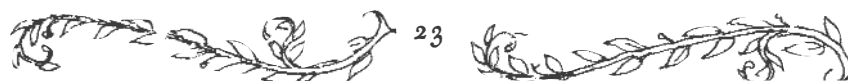


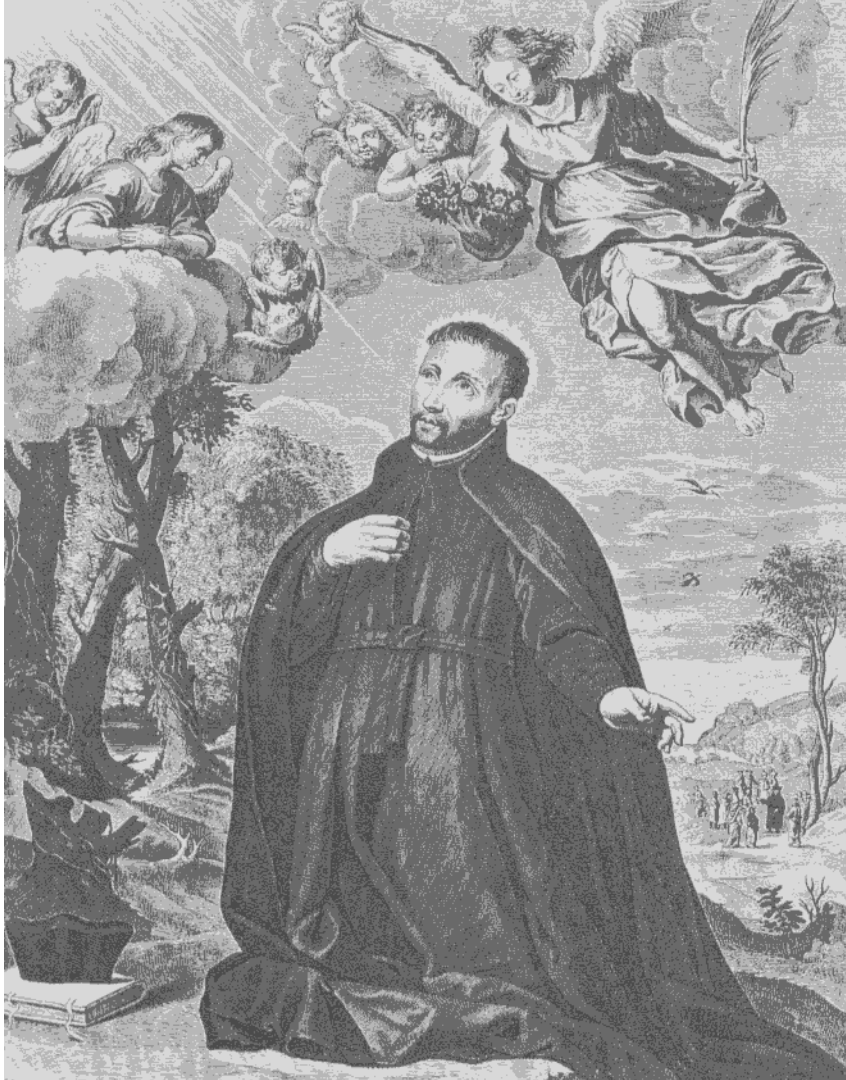
Al fin llegó la mañana siguiente, miércoles cuatro de enero, y el padre Marcelo, como si nada hubiera pasado, bajó bien temprano a la iglesia, y dijo bien despacio su misa delante de muchísimas personas de toda suerte que ya habían concurrido, y comulgó algunas de su mano: y fueron innumerables las que por todo aquel día concurrieron a oír de su misma boca las maravillas del Señor en su santo. Y fue otra nueva manera de milagro no sentir daño, ni dolor alguno de la cabeza, que antes tenía tan flaca, estando todo el día y la noche razonando con tantos tan continuadamente, y asistiendo por la tarde por más de cinco horas continuas con grande intensión, y atención a la información jurídica que el auditor del señor cardenal arzobispo quiso hacer aquel

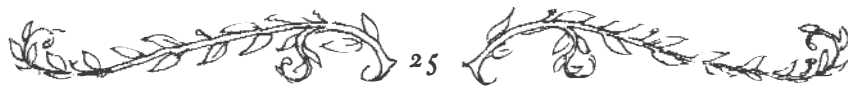
mismo día; pero en efecto le dejó del todo sano y robusto la celestial visita del santo padre. Y viose bien esto los días siguientes, porque cayendo al fin de aquella semana enferma su madre del mal de que Dios se la llevó (quizá por quitarle desde luego aquel estorbo de la misión de las Indias) la asistió el padre días y noches, sin desnudarse jamás ni casi reposar un punto en diez días, sin que por eso sintiese flaqueza alguna, ni un mínimo rastro de lo pasado. La cual salud, esfuerzo y aliento se ha continuado hasta ahora día de la fiesta del mismo santo, y segundo de diciembre¹⁶, en que el padre está en esta corte de Madrid de camino para la apostólica misión de la India y de Japón.

Vista pues esta tan

¹⁶ *segundo de diciembre*: la fiesta de San Francisco se celebraba el dos de diciembre.





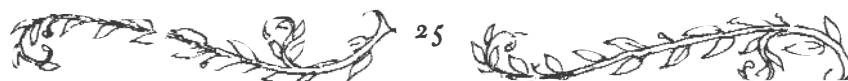


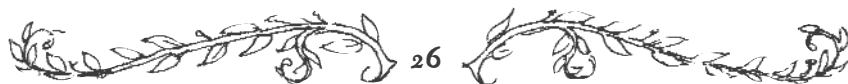
grande maravilla por medio de la imagen tan peregrina del santo padre Francisco Javier, juzgaron los padres de casa y los devotos de aquella ciudad, que era razón colocarla en lugar público y decente, para que el pueblo la pudiese venerar, y valerse de su patrocinio: y así, pasados algunos días se trazó una solemnísimá procesión, a que asistió toda la nobleza, y casi todo el pueblo de Nápoles, y se llevó la santa imagen con grandísimo aparato, y se colocó en la iglesia de nuestro colegio, en una capilla que en ella hay del mismo san Francisco Javier, donde es visitada con increíble frecuencia y devoción, y a hecho Nuestro Señor por ella y hace cada día muchos y muy insignes milagros, de que pudiéramos hacer otra muy larga relación. Y el aposento donde esto su-

cedió se ha convertido en capilla y oratorio muy devoto.

Hiciéronse también para mayor devoción varios y diversos traslados¹⁷ y copias de la milagrosa imagen a instancia de muchas personas graves y piadosas, que los pretendieron y alcanzaron (y alguno está ya hoy en el colegio Imperial de la Compañía de Jesús de Madrid). Y pintor hubo que hizo consecutivamente casi trescientos sin divertirse a pintar otra cosa en su oficina, el cual queriendo después acudir a no sé qué otras obras de su arte le salteó luego la enfermedad, de que brevemente murió, cosa que fue muy notada en toda Nápoles, que parece no quiso el santo que la mano que tan de propósito se había empleado en retratar su milagrosa ima-

¹⁷ traslado:
copia.



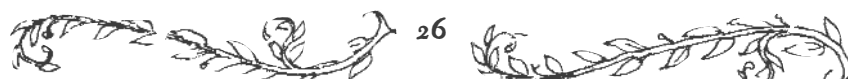


¹⁸ *divirtiese:*
distrajese.

gen, se divirtiese¹⁸ a pintar otra cosa alguna, si ya no quiso premiar desde luego con gloria eterna al artífice que así se había esmerado en ilustrar su santa imagen.

Olvidábaseme de decir una cosa bien particular (con que quiero ahora rematar esta relación), y fue que al tiempo que el santo estaba hablando con el padre entre la pared y su cama, como ya dije, un padre llamado Mario Fontanarosa, que era prefecto de la enfermería, para mejor oír lo que el enfermo estaba hablando, quiso pasarse por aquel lado de la cama y ponerse a su cabecera, lo cual hizo sin dificultad alguna, penetrándose por el mismo santo que allí estaba. Mas queriendo luego consecutivamente hacer otro tanto un hermano enfermero que allí

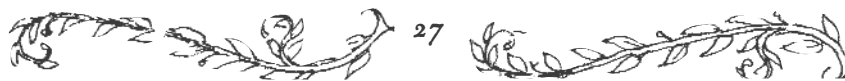
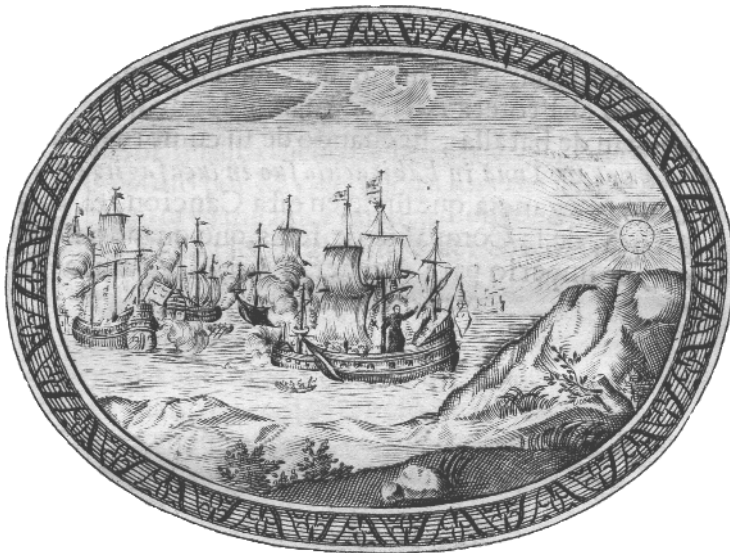
asistía, no pudo de ninguna manera pasar, por mucho que lo procuró, y por más que en esto insistió, sintiendo no sé quién que invisible y eficazmente le detenía y apartaba para que no llegase a donde el santo estaba, con harta admiración y sobresalto suyo, y aun de otros que en ello repararon. Y notada después mejor esta diferencia, no se pudo hallar otra causa de ella más proporcionada, sino que el padre tenía grandísimos deseos de la misión de las Indias, y aun estaba ya nombrado para ir a ella; y el hermano no, y parece que al primero como a particular hijo e imitador suyo le quiso el santo hacer aquel favor y regalo tan singular de penetrarlo y entrañarlo consigo mismo. Si ya no fuese también respecto particular, que el santo tuvo al venerable sacerdocio del





padre Mario.

En Madrid, en la imprenta
del Reino. Año 1634.

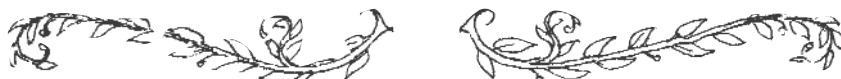


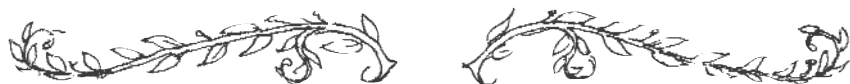


La Perinola
Revista de Investigación Quevediana
Universidad de Navarra

Para pedidos y suscripciones:

J. Enrique Duarte
Edificio de Bibliotecas
Universidad de Navarra
31080 Pamplona (Navarra) ESPAÑA
Tel.: (+34) 948425600. Ext. 2011
Fax: (+34) 948425636
E-mail: eduarte@unav.es
[http://griso.cti.unav.es/docs/publicaciones/
perinola/principal.html](http://griso.cti.unav.es/docs/publicaciones/perinola/principal.html)





PLIEGOS VOLANDEROS DEL GRISO
Nº 4, octubre, 2003

Serie Biblioteca Javeriana.
Trabajos de la Cátedra San Francisco
Javier (UN-Fundación San Francisco
Javier-Fundación Diario de Navarra)

